

PELAGIANISMO EUCARÍSTICO

El título de este Editorial necesita explicación. La mayoría de los lectores de *Liturgia y Espiritualidad* han oído hablar, sin duda, de Pelagio y del pelagianismo, pero no todos. Algunos saben, sin duda, algo de este personaje: que fue un hereje combatido singularmente por san Agustín y que tuvo bastantes seguidores –los llamados *pelagianos* y *semipelagianos*. Otros conocen, incluso, no sólo cuáles fueron sus principales doctrinas, sino qué es el pelagianismo y el semipelagianismo, cómo se divulgó y los muchos admiradores que tuvo, particularmente entre las jóvenes y matronas cristianas. Pero, seguramente no faltan tampoco quienes apenas conocen nada de *Pelagio* ni del *pelagianismo*. Pero incluso quienes saben quién fue Pelagio y lo que significó el pelagianismo, aunque se trate de personas bien eruditas en el ámbito de la historia y de la teología del cristianismo antiguos, quizá quedarán extrañados de que nos refiramos al pelagianismo *eucarístico* o *litúrgico* con relación al presente, como realidad que revive en nuestros días –a decir verdad desde épocas algo anteriores a la que ha precedido inmediatamente a la nuestra– con un ropaje y unos matices algo distintos a los que tuvo en el siglo V, pero con unas raíces bastante emparentadas y cercanas a lo que enseñaba el célebre monje bretón. Una realidad que además influye muy negativamente en la vida espiritual de muchos de nuestros fieles.

Pelagio fue un hombre bueno, un monje pleno de coraje ascético, un influyente director de conciencias. Inició su vida monástica en Gran Bretaña y de allí pasó a Roma de donde, ante la invasión de Alarico en 410, huyó a Africa y luego a Palestina donde se ganó la confianza de no

pocos obispos. Pelagio defendió a ultranza la bondad de la naturaleza del hombre. El pecado original fue únicamente pecado personal de Adán y no se transmitió a sus descendientes; en todo caso, sus consecuencias no pasaron de un simple mal ejemplo dado a su posteridad. Con la libertad de que está dotado el hombre, sin necesidad de ayuda alguna, con sus solas fuerzas es capaz de evitar todos los pecados y practicar toda clase de buenas obras. Basta querer y esforzarse, todo depende del hombre. Los semipelagianos, rechazaron las pretensiones de Pelagio, pero tampoco admitían la necesidad absoluta de la gracia y no aceptaban la doctrina de su principal opositor, san Agustín, que defendió la absoluta necesidad de la gracia para convertirse y obrar el bien. Para los semipelagianos el inicio de la salvación o conversión es obra del hombre, y no fruto de la gracia.

¿Qué parentesco o relación puede establecerse entre los antiguos pelagianos y algunas maneras de pensar y proceder de no pocos de nuestros fieles? ¿Cómo y con qué matices puede decirse que un cierto pelagianismo está vivo en nuestros días? La respuesta no es ciertamente de total identidad, pero sí de una analogía por lo menos llamativa y que puede resultar iluminativa.

Pelagianos y semipelagianos, como hemos apuntado, se distinguieron y separaron de la gran Iglesia principalmente —no únicamente— porque mientras la Iglesia, guiada principalmente en este ámbito por san Agustín, insistía en la necesidad de la gracia para el inicio y para la perseverancia en el bien, los pelagianos afirmaban que el hombre por sí solo era capaz de la conversión y del bien obrar. Para los pelagianos eran las acciones buenas del hombre la raíz de todo bien —de la conversión y de la perseverancia— y tenían en menos aprecio la acción de Dios.

Uno de los frutos principales del Movimiento litúrgico, primero, y del Vaticano II, después, ha sido, sin duda, el logro de una participación cada vez más intensa y más activa de los fieles en la liturgia. Empezando por la Constitución conciliar de liturgia y siguiendo por otros innumerables documentos del Magisterio de nuestros días, hay que reconocer que una de las insistencias más frecuentes de estos últimos tiempos es precisamente en que los fieles participen en la liturgia plena, consciente,

activa, interior y exteriormente. Un escrito de los albores de la época conciliar salido de la pluma del gran teólogo Congar, señalaba incluso que una de las visiones teológicas más renovadas por el Vaticano II era que se había pasado de mirar al sacerdote como sujeto de la liturgia a ver que el sujeto de la liturgia era la Iglesia, la comunidad congregada, el pueblo entero de los bautizados.

Pero, como con frecuencia nos pasa a los humanos, esta recuperación de la Iglesia como sujeto de la celebración ha tenido también un cierto desequilibrio. Sí, es la Iglesia, y no el sacerdote ni el clero, el verdadero sujeto de la celebración. Pero la Iglesia, como *participante* –como quien tiene *parte*, no como celebrante principal. El celebrante principal, el gran liturgo de la celebración cristiana, no es la asamblea de fieles, sino Cristo, cabeza de la misma. Debería insistirse más en las magníficas explicaciones de *Sacrosanctum Concilium* números 5 y 7. “La liturgia, dice este documento, es el ejercicio de la función sacerdotal de *Jesucristo*” que ciertamente en esta su función cúllica se asocia a la Iglesia, pero como complemento, no como agente principal. La Iglesia *participa*, se une a la liturgia oficiada por Cristo, pero no es el sujeto principal.

Si en tiempos no muy lejanos se acostumbraba llamar al sacerdote *celebrante* en sentido casi exclusivo, como si la asamblea no celebrara también juntamente con él, y hoy es más habitual llamarle obispo, presbítero o presidente, hay que decir que todas estas expresiones pueden tener un sentido correcto. Quien en realidad preside la celebración cristiana, el celebrante por antonomasia, el único sacerdote en sentido propio, es Jesucristo (así de tajante es la carta a los hebreos); pero la asamblea cristiana, en cuanto Cuerpo de Cristo, es también *pueblo sacerdotal*, y el obispo o presbítero que visiblemente preside a los hermanos, con ellos y unido a Cristo es pueblo sacerdotal y celebrante de la liturgia; también puede reclamar para sí de manera peculiar y propia el nombre de *celebrante* pues hace visiblemente presente al que es *celebrante principal*, celebrante muy por encima de los demás fieles, Cristo el Señor y Cabeza del pueblo sacerdotal.

En este número de *Liturgia y Espiritualidad*, uno de los artículos aborda este tema con referencia a la Eucaristía. La insistencia en que la Misa es celebración de la asamblea, de que los fieles deben vivirla como

acción propia, que deben participar activamente en la celebración, es un aspecto importante sobre el que es preciso insistir. Con Cristo hemos de ofrecernos también nosotros al Padre (Cf. *Sacr. Conc.*, núm. 48) Pero sin caer en el pelagianismo de vivir la Misa como si nuestra *participación* fuera lo más central e importante. San Agustín se enfrentó con los pelagianos porque sobrevaloraban la acción del hombre por encima de la gracia divina; que no seamos nosotros en la práctica nuevos pelagianos que en la liturgia –en la celebración de la Eucaristía– valoremos más nuestra participación que la presencia de Cristo que, a través de las acciones y de los signos sacramentales, hace realmente presente su entrega humilde y obediente al Padre para que, unidos a él por el Bautismo y la Confirmación, hagamos preciosa ante Dios nuestra siempre pequeña entrega.– **P. F.**